

# MANUFACTURAS, SUSTITUCIÓN DE IMPORTACIONES Y CAMBIO ESTRUCTURAL EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES Y SUS ALREDEDORES, CA. 1936/1937-1945/1946<sup>1</sup>

*MANUFACTURING, IMPORT SUBSTITUTION, AND STRUCTURAL CHANGE IN THE CITY OF BUENOS AIRES AND ITS SURROUNDINGS, CA. 1936/1937-1945/1946*

Victoria De Carranza<sup>2</sup> y Hernán González Bollo<sup>3</sup>

## Resumen

En la Argentina, entre 1936/1937, con el auge de exportaciones, acompañado de inversiones extranjeras (Salera, 1941, p. 189), y 1945/1946, en pleno apogeo del modelo económico peronista (Belini y Korol, 2020, pp. 143-145), se han analizado el comportamiento de sectores industriales específicos, tales como, artefactos de hogar, automotriz, cemento, maquinaria agrícola, siderurgia y textil (Belini, 2009). El plan del artículo es explorar otro repertorio segmentado de actividades, tales como, química, farmacéutica, metalurgia, máquinas-herramientas, vidrios y cristales. Aquí se trata de reconstruir, en los años 1937-1946, el desempeño de químicos, farmacéuticos, metalurgia, máquinas-herramientas, vidrios y cristales, centrados en la ciudad de Buenos Aires y los municipios de San Martín, Avellaneda-Lanús, Quilmes y La Plata. Nos proponemos estudiar tres cuestiones: a) la composición física de las importaciones y las exportaciones seleccionadas; b) las características de la población activa (*labor force*) en la actividad manufacturera, en relación al comercio y el empleo público; c) algunas pistas alternativas sobre el crecimiento real de la manufactura, a partir del valor negociado de las acciones en el parqué de la Bolsa de Comercio porteña, el importe anual del consumo de electricidad y montos de adelantos en cuentas corrientes en el Banco de la Nación Argentina.

**Palabras clave:** industria; comercio exterior; población activa; Área Metropolitana Buenos Aires (AMBA), 1937-1946

**Códigos JEL:** N1, N16, N6, N66

## Abstract

In Argentina, between 1936/1937, with the boom in exports accompanied by foreign investment (Salera, 1941, p. 189), and 1945/1946, at the height of the Peronist economic model (Belini and Korol, 2020, pp. 143-145), the behavior of specific industrial sectors has been analyzed, such as household appliances, automotive, cement, agricultural machinery, steel, and textiles (Belini, 2009). The aim of this article is to explore another segmented set of activities, such as chemicals, pharmaceuticals, metallurgy, machine tools, and

<sup>1</sup> Queremos expresar nuestro profundo agradecimiento a las incisivas observaciones y sugerencias de los evaluadores anónimos.

<sup>2</sup> Centro de Estudios Económicos de la Empresa y el Desarrollo (CEEED), Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires. Correo electrónico: vickydecarranza@gmail.com

<sup>3</sup> Instituto Interdisciplinario de Economía Política de Buenos Aires (IIEP), Centro de Estudios Económicos de la Empresa y el Desarrollo (CEEED), Universidad de Buenos Aires (UBA), Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Correo electrónico: hernangbollo@gmail.com

glass. This study aims to reconstruct the performance of the chemical, pharmaceutical, metallurgical, machine tool, glass, and crystal industries between 1937 and 1946, focusing on the city of Buenos Aires and the municipalities of San Martín, Avellaneda–Lanús, Quilmes, and La Plata. We propose to examine three issues: a) the physical composition of selected imports and exports; b) the characteristics of the labor force in manufacturing, in relation to commerce and public employment; and c) alternative indicators of real manufacturing growth, based on the traded value of shares on the Buenos Aires Stock Exchange, annual electricity consumption, and overdrafts at the Banco de la Nación Argentina.

**Keywords:** Industry; Foreign trade; Labor force; Metropolitan Area Buenos Aires (AMBA), 1937–1946

**JEL codes:** N1, N16, N6, N66

**Recibido:** 8–9–2025 | **Revisado:** 17–11–2025 | **Aceptado:** 4–12–2025

## 1. ¿El cambio estructural llegó a la manufactura argentina?

El 10 de septiembre de 1942, el coronel Manuel Nicolás Savio expuso en el instituto de estudios y conferencias de la Unión Industrial Argentina (UIA). En *Política de la producción metalúrgica argentina* (Savio, 1942), delineó una oposición binaria decisiva en el imaginario del nacionalismo económico. La economía del cereal, simbolizada en la extensa geografía de la pampa húmeda, posponía arbitrariamente la potencial actividad de extracción de minerales —cuyas reservas y yacimientos se ubicaban en el interior del país— y la elaboración de metales. Había que salir de «nuestra situación exclusiva de país agrícola–ganadero, renunciando a alcanzar una mínima ponderación industrial» (Savio, 1942, p. 22).

Entonces, la conferencia de Savio tuvo el mérito de revalorizar los argumentos largamente defendidos sobre qué debía entenderse por «industrias naturales» (Llach, 1984, p. 539). En particular, se convirtió en un punto de inflexión sobre las prioridades militares para la defensa nacional, en un eslabonamiento de tomas de posición políticas que llevarían al «mercado internismo» (Llach, 1984, p. 534). La exposición del militar se ubica en la antesala del dramático estrangulamiento del comercio exterior 1944–1945 (Sourrouille, 1980, p. 8). Y deja abierta otras cuestiones. Por ejemplo, cuando emplea términos seductores, como «ejecución del plan de elaboración de materias primas para la industria» (Savio, 1942, p. 25), un escalón superior en la directriz, y más específico en la orientación, respecto del «Programa de Reactivación de la Economía Argentina» («Plan Pinedo», Llach, 1984, p. 537). Savio reconoce los mayores costos internos implicados en la producción metalúrgica, a pesar de las altas expectativas en la disponibilidad de energía barata, por ejemplo, del embalse de Río Tercero, en la provincia de Córdoba. Es optimista en el despliegue de la rama siderúrgica, frente al desafío de organizar e integrar los tramos operativos (Savio, 1942, pp. 21–23; Belini, 2009, pp. 29–54), al tiempo que no deja de advertir la existencia de una producción internacional controlada por organizaciones poderosas. Otro interrogante más fue la poca claridad del lugar del capital privado en la futura planificación de la extracción de materias primas minerales (Savio, 1942, pp. 14 y 31).

Por fuera de la oposición binaria propuesta desde el nacionalismo económico, ya existían exitosas iniciativas productivas en el país. Como la iniciada por el conglomerado Bunge & Born, que había integrado dos eslabones clave de la manufactura textil, al tiempo que conectaba una región periférica, la gobernación del Chaco, con el gran mercado de consumo nacional, el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA). Lo cierto es que, con La Fabril y Grafa, había logrado articular una cadena de valor agroindustrial alrededor del algodón. De esta manera, reforzaban las posibilidades de robustecer un mercado de productores y consumidores nativos, sin tantas evocaciones a las potenciales ventajas de un *capitalismo nacional*<sup>4</sup>. Otra cuestión son las fuentes oficiales disponibles en momentos de la conferencia. Para discutir de forma actualizada el perfil industrial argentino, al menos Savio disponía de la estadística industrial de 1939 (RA,

<sup>4</sup> En 1924, Bunge & Born creó La Fabril e instaló plantas desmontadoras en la región algodonera, en el noreste del país. Y en 1932, el mismo grupo adquirió un establecimiento textil existente en la ciudad de Buenos Aires, que bautizó Grafa, en el que invirtió y amplió hasta liderar, a fines de la década de 1940, la demanda interna de algunos productos de «blanquería», como sábanas y fundas (Schvarzer, 1989, p. 57).

Ministerio de Hacienda, 1942)<sup>5</sup> y del anuario del comercio exterior de 1941 (Ministerio de Hacienda, 1942). En paralelo a las altas demandas del militar nacionalista, quedaba al descubierto la falta de un programa sistemático de exploraciones geológicas «más intenso, apoyado por la Dirección de Minas y Geología», que dependía del Ministerio de Agricultura (Corporación para la Promoción del Intercambio [CPI], 1944, p. 36). No obstante, en agosto de 1941, el Ministerio de Hacienda había conformado una comisión revisora de la tarifa de avalúos, vigente desde 1905. Hacienda declaraba que la mayor actividad industrial y comercial facilitaba la supresión de artículos que ya no se importaban (*Memoria del Departamento de Hacienda correspondiente al año 1941 II*, 1942, pp. 1228–1231).

Vista en mayor detalle, la exposición del coronel Savio tiene más aristas sugestivas. En particular, discutió la producción nacional de carburo de calcio (CaC), un compuesto para la producción de acetileno (soldadura autógena). Se refirió a una fábrica argentina que, en febrero de 1942, lo producía, «satisfaciendo perfectamente las normas de las reparticiones más exigentes». Ganó la primera licitación, mejoró el precio en la segunda convocatoria, pero la perdió, al igual que la tercera. Resulta que, entre enero y julio de 1942, llegaron al puerto de Buenos Aires 9.500 t que cubrieron ampliamente la demanda anual estimada de 10.000 t. El militar no se privó de una sutil ironía, cuando aclaró «no obstante la falta de bodegas» (Savio, 1942, p. 20). La versión del militar era que, ante la situación, la fábrica argentina suspendió la producción de carburo de calcio. Más, se interrogó ante el público si esta era la suerte «a que debemos dejar librado nuestro plan de obtención de las materias primas esenciales para nuestras industrias» (Savio, 1942, p. 20). Debemos reconocer que el conferencista manejó con habilidad la atención del auditorio, frente a las noticias del escenario atlántico, a diario actualizadas por la prensa porteña; por otra parte, no hubo comentarios sobre las perspectivas de ampliar las exportaciones a los países de América Latina (Belini, 2012, pp. 285–317). El modelo productivo preconcebido entendía hierro y acero como símbolos de una mayor soberanía geopolítica, tal como había sucedido en el modelo soviético y los fascismos.

La situación del carburo de calcio no era una preocupación exclusiva de Savio. Informes del Departamento de Investigaciones Económicas, del Banco Central (DIE, BCRA) lo apuntaban entre las «producciones precarias», desde el comienzo de la guerra (BCRA, DIE, febrero de 1945, p. 5). Por su parte, el economista Francis Godwin, de la CPI, evaluó el perfil de la industria química argentina y ofreció una versión más sobre lo sucedido con el carburo de calcio. Resulta que entraba sin derechos al país (lo cual sugiere que quien invirtiese directamente en una planta asumía todo el riesgo). En 1941 ingresaron 7500 t, y en 1942 (momento de la profundización de la guerra en el Atlántico) arribaron 9750 t. La capacidad de la planta nativa era, según Godwin, de 2.500 t, pero el costo de producción «no le permitía competir con el producto importado» (CPI, 1944, p. 23). En una nota al pie del anónimo traductor del informe, aclaró que la fábrica en cuestión había reanudado la producción (CPI, 1944, p. 23).

En la visión de Savio brilla por su ausencia un comprensivo modelo productivo, de mayor perspectiva, entre la base industrial existente y las metas deseables. La receta castrense entrelazaba una retórica sobre *qué debe hacer* la industria, un juicio moral sobre las estrategias comerciales de los responsables y una proyección idealizada sobre la directriz de un Estado monolítico. Nada impidió que, en plena semiautarquía (1945), sucediera el irreversible cambio de composición del Producto Bruto Interno (PBI; Gerchunoff y Antúnez, 2000, pp. 128–129, Naciones Unidas, 30 junio 1958, p. 4). Dicho cambio sucedió en medio de disparidades en los avances de las subramas industriales, ya sean, las maduras (alimentos, bebidas y tabaco), las altamente protegidas (textiles) y las muy dinámicas, en parte, por su valor agregado (químicos, pinturas, farmacéuticas, higiene, metales, máquinas–herramientas, vidrios y cristales).

Lo sucedido con el PBI argentino tiene varias perspectivas. Formó parte del más vasto proceso de industrialización acelerada que impactó en todas las economías latinoamericanas y las configuraciones de las políticas públicas, desde la posdepresión hasta el auge de sustitución de importaciones en plena

<sup>5</sup> Las páginas iniciales de la estadística industrial de 1939 permiten cotejar una rápida proyección desde 1937 a 1939, con un respetable crecimiento a escala nacional de, 9,2%, en establecimientos, 6,8%, obreros, 10,5%, empleados, 9,5%, familiares, 13,3% de la electricidad comprada y 8,9% de los productos elaborados (RA, Ministerio de Hacienda, 1942, p. 17).

segunda guerra mundial (Halperín Donghi, 1992, pp. 371–428)<sup>6</sup>. En particular, entre 1936–1937 y 1945–1946 la industrialización argentina concentró más de la mitad de los establecimientos de todo tamaño en una acotada área urbana y suburbana. Inicialmente delimitada a la ciudad de Buenos Aires y el sur del Gran Buenos Aires (los municipios de Avellaneda, Lanús<sup>7</sup> y Quilmes), para extenderse al oeste a General San Martín y al sur a La Plata, cubriendo 1.859 km<sup>2</sup> y alcanzando una densidad de 1883 habitantes por km<sup>2</sup>.

He aquí un peculiar *distrito industrial* (Becattini, 2002, pp. 9–32), más allá de las demarcaciones político-administrativas arriba citadas y la compacta trama de talleres y plantas industriales de todo tamaño, que constantemente se creaban y eventualmente se complementaban, según diferentes ramas y subramas de actividad. Un rasgo fue la disponibilidad de servicios públicos y privados, por ejemplo, redes de electricidad, agua potable y telefonía. En un ajuste de ópticas, podemos distinguir la articulación de mercados laborales específicos, ya sean trabajadores manuales, administrativos o profesionales. Contó con un relativo acceso al crédito, ya sea de la Bolsa de Comercio porteña o gracias a la financiación bancaria, tanto formal como informal. Los depósitos y el puerto de Buenos Aires completarían esta definición, ya que señalan la existencia de un aceitado centro logístico, para acopio de piezas y repuestos, no solo para cubrir la demanda doméstica, si no suplir las necesidades de los países latinoamericanos (González Bollo y Vila, 2024, p. 110). La clásica oposición entre producción para el consumo interno y la exportación no debe impedirnos sugerir allí la existencia de una estrategia de elaboración complementaria, para ambos mercados. Sin duda, ello fue posible gracias a la integración de cadenas de suministros de materias primas y bienes intermedios, ya sean importados o nacionales.

Proponemos aquí explorar tres grandes cuestiones, entre la posdepresión y el final de la guerra, con el fin de iluminar el salto estructural dentro de la actividad industrial. Primero, analizar la composición física de las importaciones y exportaciones (años 1937, 1939, 1941, 1943 y 1945) de químicos, pinturas, farmacéuticas, higiene, metales ferrosos y no ferrosos, máquinas-herramientas, vidrios y cristales, para desentrañar pistas sobre los alcances de la sustitución de importaciones o la aparente robustez del mercado interno. Segundo, relativizar la narrativa catófico social, sobre el estado de subsistencia de la población económica activa, para analizar su composición cuantitativa en los grandes conglomerados urbanos del país (entre las ocupaciones en la manufactura, el comercio y el empleo público, los tres grandes sectores de actividad), a partir de datos oficiales escasamente trabajados. Y tercero, seleccionamos algunos datos oficiales y privados que permiten saltar el impacto de la inflación mayorista contenida en los bienes a la salida de fábrica, como las cifras del consumo de electricidad industrial, el movimiento de las acciones en el parque de la Bolsa de Comercio porteña y los valores descontados como adelantos en cuentas corrientes en casa matriz del Banco de la Nación Argentina.

## 2. Composición física de importaciones y exportaciones

Previo al Plan Pinedo (septiembre 1940–enero 1941) existió un encadenamiento de episodios que impulsaron una prosperidad con impacto en la ciudad de Buenos Aires y el sur de del Gran Buenos Aires (GBA). Inicialmente, se levantó una gran campaña agrícola 1936–1937 y sucedió un auge de las exportaciones (Beveraggi Allende, 1954, pp. 180–181; Salera, 1941, p. 189). Las cuentas públicas superaron los malos números del trienio 1933–1935 y el Ministerio de Hacienda habilitó una baja de aranceles y un reintegro a las importaciones de bienes de capital a la industria (1937). La recuperación se sintió en la canasta de precios no agropecuarios, gran parte compuesta de bienes manufacturados, importados y nacionales. Esos precios habían crecido un 33 %, en 1940, respecto a los años más duros de la Gran Depresión (González Bollo y Vila,

<sup>6</sup> Así, en México los planes sexenales (1934–1940, 1941–1946) señalaron la precoz iniciativa en el subcontinente del multiplicador fiscal keynesiano (con la inversión en obra pública), más la nacionalización del petróleo (1938, Petróleos Mexicanos). En Brasil, la instauración del Estado Novo (1937–1945) erigió una gobernanza federal integradora de estados y regiones e hizo más efectivo el control del comercio exterior, sin olvidar la meta de construir Compañía Siderúrgica Nacional, símbolo de la emancipación geopolítica del país. Otro modelo sucedió en Chile, desde la organización del Frente Popular (1938–1941), gracias a la creación de la Corporación de Fomento de la Producción (Corfo), que echó las bases del desarrollo industrial más allá de la disolución de la coalición política.

<sup>7</sup> El municipio de Lanús se creó en 1944 y es una escisión de Avellaneda.

2024, p. 125)<sup>8</sup>. El análisis del intercambio comercial ofrece otras pistas sobre la recuperación posdepre- sión y el declive bajo la guerra, cuando se convirtió en sustitución efectiva de importaciones. Debemos contrastar dicho análisis con las expectativas de los sectores involucrados, que expresan otro arco de posiciones alternativo a la visión expuesta por Savio.

La Tabla 1 muestra el ritmo dispar de las importaciones de productos químicos, farmacéuticos, aceites, pinturas, higiene y tocador, entre 1937 y 1939. Estos ingresos en el AMBA entendemos que explicarían la expansión urbana de los consumidores y la disposición de una cadena de comercialización de bienes in- termedios para las manufacturas. Recién en 1943, las exportaciones de esos mismos productos crecieron.

**Tabla 1. Volumen físico de importaciones y exportaciones seleccionadas, puerto de Buenos Aires, años 1937, 1939, 1941, 1943 y 1945, en toneladas**

Rubros		1937	1939	1941	1943	1945
Minerales y derivados del petróleo	importación					s/d
	exportación					62.361
Químicos, farmacéuticos, aceites, pinturas, higiene y tocador	importación	178.146	170.097	121.584	134.860	136.515
	exportación	523	2.645	4.994	36.631	33.817
Hierro, acero y artefactos	importación	730.510	509.746	291.523	69.132	105.213
	exportación	1.492	1.586	2.004	2.699	1.235
Maquinaria, vehículos y motores	importación	75.513	60.067	22.741	8.120	10.616
	exportación	1.873	610	530	364	247
Metales no ferrosos y artefactos	importación	87.055	73.176	81.034	19.006	61.064
	exportación	9.905	5.602	614	771	1.172
Otras manufacturas	importación					2.720
	exportación					446
Vidrios y cristales	importación	6.206	1.312	999	1.067	81
	exportación	174	206	244	1.451	495

**Fuentes:** República Argentina (RA), Ministerio de Hacienda (1938); RA, Ministerio de Hacienda (1940); RA, Ministerio de Hacienda (1942); RA, Ministerio del Interior (1944), Dirección Nacional de Investigaciones, Estadística y Censos (1948).

**Nota:** las cifras de ingreso y egreso de 1945 son de todos los puertos del país.

En 1941, un gerente de Compañía Química compiló algunas cifras aisladas de la fabricación y empleo de ácidos minerales, tales como, sulfúrico, nítrico y clorhídrico (Eppenstein, 1941, p. 754-764). Se producían con un porcentaje del total importado de azufre. La escasa producción nativa de ácido sulfúrico estaba con- dicionada por el consumo directo, por la «industria metalúrgica poco desarrollada» –que podría obtener óxidos metálicos para, a su vez, lograr metales– y por la escasa elaboración de fertilizantes para la tierra cultivada (eran importados), sin olvidar los explosivos o las fibras sintéticas (Eppenstein, 1941, p. 756). Es inevitable advertir en este diagnóstico, sobre la falta de incentivos que *multiplicaran* la producción de ácidos, parte de los argumentos de Savio. La producción de ácido sulfúrico liderada por Compañía Química, integrante del conglomerado Bunge & Born, era motivo de escrutinio por una comisión del Senado de los Estados Unidos, preocupada por la competencia que enfrentaban en el exterior las empresas de ese país. El informe senatorial señala que la planta de ácido sulfúrico de Compañía Química (1939) era lo suficiente competitiva para la empresa Duperial. Esta, recién arribada al país, debió reconocer el liderazgo de la

<sup>8</sup> Esa alza sucedió a pesar del control de precios aplicado en la primavera de 1939 que alcanzó a bienes mayoristas y depósitos de acopio de materiales. Entre otros artículos en bruto o intermedios para la industria quedaban bajo control de precios, hierro, acero y otros metales no ferrosos, pinturas y barnices, materiales para la construcción y electromecánicos, drogas y hierbas medicinales, y artículos de farmacia y cirugía (González Bollo y Vila, 2024, p. 125).

primera en la rama (Schvarzer, 1989, pp. 49–50). De aquí surgen otras cuestiones. La más evidente era que el capital nacional gravitaba cómodamente en un nicho bien concentrado y de avanzada. La otra cuestión es la notable baja de productos importados, a partir de 1941, que podríamos asociar a la mayor oferta liderada por Compañía Química y Duperial; aunque, inicialmente con materia prima importada, al menos hasta 1943.

En el caso de las pinturas, resinas y lacas, la guerra impulsó de forma más clara las plantas que sustituían los insumos importados (mientras, la importación de productos terminados no superaba el 20%). Entre ellas convivieron fábricas amparadas por una demanda sostenida en «la necesidad de comprar lo que se encuentre, sin exigir tanto de la calidad» (Suárez Anzorena, 1941, pp. 773–774), con otras firmas de progreso constante dado el reclutamiento de personal idóneo y la actualización de novedades científicas. Respecto a la farmacéutica, higiene y tocador, la evaluación corrió por cuenta del Departamento de Investigaciones Económicas del BCRA. Eran actividades en expansión. Demandaban sustancias químicas básicas y apenas sustituyeron algunas composiciones, porque «la importación ha continuado atendiendo en forma bastante regular las necesidades del país» (*sic*), a excepción de «unos pocos productos» que escaseaban (DIE, BCRA, febrero de 1945, pp. 33–34). En la percepción de los economistas del Banco Central, farmacia estaría afianzada en los duros años 1941–1944, tenía potencial de expandirse y hasta le auguraban el arribo de firmas extranjeras, tal como sucederá con la radicación de Squibb (Katz y Kosacoff, 1989, p. 51).

En el nacionalismo económico argentino, los metales ferrosos y los no ferrosos suponían la búsqueda de yacimientos de minerales, la fundición en lingotes y el mayor estímulo a la actividad metalúrgica. Estos grandes pasos sugieren la existencia de una cadena de valor con más eslabones que debemos explorar. La industria pudo contar con hierro y acero importado sin problema en 1937 y 1939; mientras que los metales no ferrosos se introdujeron, incluso, hasta 1941. Ante la falta de mineral de hierro, firmas como TAMEY y La Cantábrica recurrieron a las existencias y depósitos de hierro y aceros viejos, que desde 1933, se acumulaban a razón de 80.000 t anuales (Pujals, 1941, pp. 792–798). Se sancionaron decretos sobre el control de las exportaciones de minerales nativos y se firmaron tratados bilaterales con funciones clave ante el estrangulamiento de la balanza comercial. La Comisión Interministerial Permanente de Política Económica (CIPPE), con representantes de Agricultura, Hacienda y Relaciones Exteriores, quedó a cargo de controlar las exportaciones de minerales. Se acordó con España un arreglo concertado de compra anual de hierro y óxido de hierro, a cambio de la venta de trigo, maíz, carne y tabaco (CIPPE, s. f., pp. 5–8). Estados Unidos compró en efectivo mica, berilo, tungsteno y concentrados de zinc, sin suscribir un tratado de reciprocidad comercial (González Bollo y Vila, 2024, p. 131).

Los economistas de la DIE BCRA mostraron la complejidad alcanzada en la primera mitad de la década de 1940 por la industria de laminados de hierro, con bienes intermedios y finales, y el desarrollo de máquinas–herramientas. La rama metalúrgica había incluido procesos con alguna aleación de metales no ferrosos (estaño, cobre, níquel, tungsteno, cromo, cobalto, vanadio), terminaciones (películas de enlizado, artículos de línea blanca para el hogar) o el armado de maquinarias, camiones, autobuses o automóviles. Disfrutaba de una alta demanda interna, a pesar de sus altos precios en el mercado internacional; mientras, las exportaciones eran poco significativas. La gama de artículos ofrecidos (redondos, chapas, tirantes, perfiles y flejes) habían aumentado su valor entre 140 y 260 %, respecto de los precios anteriores a la guerra. Aquella producción acrecentada, «al menos en la forma en que (...) se encuentra organizada hoy día, no podría hacer frente a las importaciones competitivas si se normalizara el comercio internacional» (BCRA, DIE, 1945a, p. 32). Los industriales de la rama consultados reconocían el problema de los costos de fabricación; mientras, gracias a la semiautarquía disfrutaban de la cómoda colocación de su producción, por ejemplo, en la actividad de la construcción, en la cual la inversión pública crecía respecto al consumo de particulares. Lo cierto es que la conjetura de que en la segunda posguerra sucedería una depresión de todos los precios no ocurrió.

Una vez más, los economistas del Central acercaron una sugerencia para reducir costos y entregar materiales semielaborados competitivos: centralizar la fundición y la primera etapa de laminación en una sola planta. La propuesta requería 3–4 años de reconversión, siempre con apoyo del Estado, en momentos

que despuntaba un servicio de reparación y mantenimiento de instalaciones de la rama, que daba ocupación a numeroso personal (BCRA, DIE, 1945a, p. 37). Entre 1939–1944, los economistas del BCRA (1945b, p. 2) estimaban que la producción local de fundición y laminados de hierro pasó de 20.000 toneladas a 150.000 t, un salto alcanzado gracias a la instalación de nuevas plantas, no solo en la ciudad–capital y alrededores. Pero, solo TAMET, ubicada en la localidad de Villa Bosch, municipio de San Martín, en el oeste de la ciudad Buenos Aires, declaraba una producción anual de 224.000 toneladas (RMV, 1941, p. 800). Este contraste en las estimaciones oficiales y las cifras privadas actualizadas es otra señal de la constante ampliación de la escala alcanzada. TAMET, SIAM Di Tella, CATITA, FERRUM, SEMA y Merlini ocupaban el 27% del total de los obreros y los trabajadores sindicalizados llegaban al 12% (RMV, 1941; Ministerio del Interior, Departamento Nacional del Trabajo, 1941, p. 27).

En 1941, máquinas–herramientas fue una víctima de la falta de dólares y dada la imposibilidad de importar comenzó una reorganización, con la fabricación de bombas, máquinas para caminos (palas transportadoras, rodillos aplanadores, hormigoneras, niveladoras), motores eléctricos y a explosión, además de compresores, como parte de una larga lista de bienes. Y lo hizo, a pesar del equipo mecánico disponible y la formación del personal (BCRA, DIEC, 1945a, p. 23–24). Las expectativas de la actividad de máquinas–herramientas eran muy positivas: CATITA exportaba tranvías a Paraguay, TAMET enviaba empaquetadoras de carne a Brasil y SIAM Di Tella vendía plegadoras de chapas a Gran Bretaña. Eran hijas de las franquicias a la importación de materias primas y bienes intermedios, además del reintegro de aranceles, sancionados a partir de 1937. Según la versión elaborada en las páginas de *La Ingeniería*, los talleres familiares, que habían asimilado normas y organización de la metalurgia norteamericana, se afianzaron en la segunda mitad de la década de 1930 (RMV, 1941). Existiría una conexión entre el éxito exportador y la obtención de materia prima importada: «Es erróneo creer, sin embargo, que sólo pueden crecer y prosperar aquellas industrias que utilizan materias primas nacionales» (RMV, 1941, pp. 799–800). Los exitosos en la actividad metalúrgica se consideraban parte de una industria básica y destacaban el ejemplo de Italia, que había desarrollado una industria metal–mecánica, sin hierro ni carbón.

«Vidrios y cristales» estaban en su gran mayoría ligada a la construcción, los envases de bebidas y bombillas de luz. Desde el puerto de Buenos Aires, las 6.206 t importadas, de 1937, bajan drásticamente a 1312 t, en 1939. ¿Esta caída se explicaría con la llegada de Pilkington, fabricante británico de vidrios planos, bajo el sistema Fourcault, que junto a Rigolleau crearon la sociedad Vidrios Argentinos SA (VASA, 1938–1939; Rougier, 2009, p. 114)? Debemos señalar algunas características más del proceso sustitutivo en la subrama. En 1937, se importaron 2,089 millones de metros cuadrados de vidrios de diferentes espesores y calidades, de Bélgica y Gran Bretaña (casas matrices de un integrante de VASA), pero también de Checoslovaquia, Estados Unidos y Japón (RA, Ministerio de Hacienda, 1938, pp. 494–497). Las exportaciones de ese mismo año fueron a países limítrofes, exclusivamente en toneladas (RA, Ministerio de Hacienda, 1938, p. 755–756). En 1943, la sustitución es más aparente que real, pues además de las 1.067 t importadas de vidrios y cristales, arribaron 595.176 m<sup>2</sup>, de Estados Unidos, Gran Bretaña y México (RA, Ministerio del Interior, 1944, pp. 284–285). Las exportaciones registraron únicamente toneladas, 1451, y se enviaron a países latinoamericanos y Sudáfrica (RA, Ministerio del Interior, 1944, pp. 428–430).

Creemos que la importación con baja de aranceles o el reintegro de tasas abonadas a las materias primas y bienes intermedios (1937) fue un decisivo empuje en la mayor actividad comercial de la ciudad de Buenos Aires. El puerto y la aduana porteños se convirtieron en eslabones logísticos de las fábricas y los depósitos diseminados en el extrarradio y conurbano. Esta reconversión urbana y suburbana no fue impactada por la guerra en el Atlántico, si no que la potenció. Al punto tal que el BCRA y la Dirección General de Aduana advirtieron de la existencia de locales en los que acopiaban y resguardaban mercadería importada para luego reexportarla. Así, Buenos Aires quedó convertida en un discreto nodo de una red extendida a los países limítrofes y a las naciones del bando aliado, sin olvidar sus colonias y posesiones en América Latina y África. Allí dejaron sus huellas los importadores nativos en su incansable búsqueda de beneficios. Y el decreto 97.742/1941 no se privó de censurar esta mala práctica comercial, asociándola de forma velada al alza de los precios de artículos esenciales para el consumo interno. Pronto Aduana reparó en los valores desactualizados de las facturas entregadas por los despachantes, sin cambios desde 1916 (*Memoria del*

*Departamento de Hacienda correspondiente al año 1941, 1942*, pp. 149–150). De manera tal que el inevitable reajuste del importe del servicio aduanero encareció algo más el ingreso de bienes importados. Así, se sumó otro beneficio impensado en favor de la protección arancelaria a la industria manufacturera.

### 3. De la narrativa católico-social a las características de la población activa

La recuperación posdepresión puso de relieve la gravitación del trabajo urbano. Las elites liberales y católicas aceptaron el papel dinamizador de la industria para cubrir la oferta laboral radicada en las ciudades. Bajo el gobierno del general Agustín Pedro Justo (1932–1938) hubo consideraciones optimistas sobre un ordenamiento legal del bien común, a través de la creación de sindicatos, tal como periódicamente los aprobaba la Inspección General de Justicia (Centro de Patronos y Oficiales Fluviales, de Pesca y de Cabotaje Marítimo de la República Argentina, 2020, pp. 21–22). No menos cierto es que hubo un cambio de humor social sobre la condición de la actividad urbana a la vista. Cobró fuerza una retórica católica tuitiva –de amparo y protección– sobre las clases populares, cargadas de piadosas preocupaciones sobre sus necesidades de subsistencia y la precariedad laboral contractual. El lente lo enfocaron sobre la base de la pirámide socio-profesional, el mundo del trabajo no calificado y semicalificado. El objetivo aquí es contraponer los diagnósticos católicos con los datos oficiales desagregados, para estudiar agentes, destrezas y habilidades.

En octubre de 1936, en los 198 km<sup>2</sup> de la ciudad de Buenos Aires residían 2,415 millones de habitantes, cerca de 12.200 vecinos por km<sup>2</sup> (República Argentina [RA], Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1940, I). Estaban distribuidos sobre veinte circunscripciones electorales (circunscripciones que se superponían, aunque no exactamente, con otra grilla compuesta de veinte consejos escolares). La población económicamente activa (PEA, entre 15–65 años) alcanzaba a 1,56 millones. Esta marea humana ya no estaba de paso, en viaje hacia las labores rurales, por ejemplo, de la pampa húmeda. Se asentaba en una ciudad con una respetable infraestructura y servicios públicos. Si cruzamos la magnitud de la PEA porteña, actualizada a diciembre de 1937, gracias a los datos de ese distrito contenidos en la estadística industrial de ese año, el resultado de la suma de obreros, empleados, propietarios, familiares y directores ligados a la actividad secundaria alcanzaba el 20,3 % de los porteños.

No contar con los datos para computar en cuáles otras actividades se ocuparían el 79,7 % restante de la PEA porteña, en 1937, quizá le dio mayor entidad a aquella minoría económica activa, a pura fuerza física y productividad, sin tantas destrezas intelectuales. Integrantes del catolicismo social alzaron su voz sobre las condiciones de vida de los trabajadores. Entre tantas voces, aquí destacamos a monseñor Miguel de Andrea, el economista Alejandro Bunge y el laboralista José Francisco Figuerola. Sus puntos de vista y reflexiones se amplificaron gracias a, entre otros canales de difusión, los contenidos y la línea editorial del diario católico *El Pueblo*. Los tres advirtieron sobre un potencial ascendente de las corrientes de izquierda sobre el mundo urbano de la posdepresión.

La tarea pastoral de De Andrea entre costureras y empleadas se desarrolló en medio de la convivencia de los gremios católicos, minoritarios, y de raíz comunista, mayoritarios; sin olvidar, el protagonismo de los diputados, senadores y ediles socialistas (Lida, 2013, pp. 159–178). Graduando el tono obrerista, la tarea pastoral conllevaba temas recurrentes, tales como, luchar contra la resignación frente a la miseria popular, señalar un camino de redención económica y bregar por la armonía social. El catolicismo social intentaba desactivar una aparente tentación popular hacia una revolución social. El protagonismo de De Andrea cobró mayor prestigio gracias a la exitosa mediación en las huelgas liderada por los gremios comunistas, frente al desaire del Ministerio del Interior, entre los obreros de la construcción (1941) y los metalúrgicos (1942).

En el invierno de 1937, el ingeniero Bunge había palpado la recuperación urbana. Propuso una actualización gradual de los salarios tomando el índice de precios al consumidor y así restablecer la capacidad de compra popular a los niveles previos a la depresión, con el fin de desactivar una potencial explosión popular («Costo de la vida y salarios», 1937, pp. 289–290). Sumó más apreciaciones sobre otros aspectos de la relación entre la oferta política y la actividad manufacturera. Llamó la atención sobre «el optimismo de muchos que no ven o no quieren ver la realidad» (Bunge, 1937, p. 75), entendiendo esta última tan evidente

como única e indivisible. El mensaje cifrado tendría, entre otros destinatarios, la euforia desatada entre la dirigencia de la Unión Industrial Argentina por las cifras publicadas de las estadísticas de 1937 (RA, Ministerio de Hacienda, marzo 1940) y de 1939 (RA, Ministerio de Hacienda, marzo 1942). Tan preocupado por destacar la expansión del mercado interno en los informes de coyuntura para inversores, aquí Bunge asume el papel retórico de *abogado de pobres, incapaces y ausentes*. Este cargo existe en la justicia ordinaria, pero también en los pareceres y maneras de quienes componían una ilustre minoría, la militancia católica, frente a la potencial suma de socialistas y comunistas (sin embargo, dos grupos en constante pugna entre ellos por el control de los sindicatos). Denuncia el hacinamiento de familias obreras en una sola pieza, al tiempo que exaltaba la política de colonización rural y viviendas para los trabajadores de la provincia de Buenos Aires, bajo la gobernación de Manuel Fresco (Bunge, 1937, pp. 76–77). Así, el economista católico nos revela una solución política. Ante la tesis del lecho de miseria popular urbana como reactivo de movimientos sociales subterráneos, abrazaba la alternativa de un *integrismo nacionalista* plasmado en tierra bonaerense. Además, se refería a la «propaganda» que no se componía «solamente [de] doctrinas comunistas y afines» (Bunge, 1937, p. 76); añadía el error de la organización electoral de «frentes populares», que estaba a la vista en los prolegómenos que transitaba la guerra civil en la España republicana (Bunge, 1937, p. 78). Sagaz, Tulio Halperín Donghi (1993, p. 35) encuentra allí una curiosa selectividad, en la que nada dice sobre Francia e ignora lo sucedido en Chile.

El doctor José Figuerola revistaba como jefe de la estadística del Departamento Nacional del Trabajo (DNT). Aludió al problema de la vivienda obrera, del hábitat de la familia popular, al etiquetar a los conventillos como «viejos caserones lóbregos, esparcidos por la ciudad multitudinaria y contradictoria» (Figuerola, septiembre–octubre 1939, p. 64). Se refería a la «sordidez» de la vivienda en la que vivían los asalariados urbanos, en un estado de espíritu de «pobreza triste y agobiadora», que oficiaba de brecha en «el mantenimiento de amistosas relaciones industriales»; también, señala la «promiscuidad y hacinamiento que minan los cuerpos y pervierten las almas» (Figuerola, septiembre–octubre 1939, p. 64). Estas afirmaciones coincidían con las reflexiones del industrial Torcuato Di Tella (enero 1941, p. 26), quien evaluó el costo y la oferta de las viviendas populares. Este concluyó que no «sólo qué parte de su salario gasta el obrero, sino qué clase de alojamiento consigue por ese precio». Para entonces, Figuerola participaba de las jornadas de estudios sociales organizadas por la Asociación Católica Argentina (octubre 1941). Allí se acopló al tono obrerista de De Andrea, al referirse a la existencia de un «ejército de reserva industrial» (Figuerola, 1945, p. 209). Mientras que las oscilaciones del empleo urbano (según sus palabras, el 10% anual de la plantilla de ocupados en la ciudad de Buenos Aires) creaban «miedo a quedar indefinidamente sin ocupación»<sup>9</sup>.

Las señales anunciadas, ¿hicieron eclosión en la ciudad de Buenos Aires del primer semestre de 1943? Hubo una sucesión de episodios que provocó una psicosis, en la que se entremezclaron la puja electoral y sindical, la inflación de precios y el llamado peligro rojo. En febrero, la Unión Cívica Radical (UCR) sumó a las consultas a la dirigencia del partido comunista argentino (Hernández, 1978, pp. 96–98)<sup>10</sup>. Esto fue

<sup>9</sup> La estadística sociolaboral del DNT distinguió geográficamente el peso cuantitativo del «Sindicato Único Obrero de la Construcción», radicado en la ciudad de Buenos Aires, de la «Federación Obrera Nacional de la Construcción» (Ministerio del Interior, DNT, División Estadística, 1941, p. 5). La investigación oficial sobre la actividad sindical estaba advertida sobre las sospechas de que se trataría de una maniobra para ocultar el total efectivo de afiliados de la Federación Nacional (insinuación que, sin embargo, no puede evitar resaltar el interés del Ministerio del Interior sobre el peso cuantitativo de los cotizantes comunistas). Sólo en la ciudad-capital se computaron unos 58.680 obreros de la construcción, a los que debemos sumar trabajadores en transporte, servicios y comercio, como los 42.374 de otros gremios de la Confederación General del Trabajo (CGT), los 1600 de la Unión Sindical Argentina (USA), los 3295 de la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas (FACE) y los 20.975 de los sindicatos autónomos (Ministerio del Interior, DNT, División Estadística, 1941, pp. 6 y 27). Esos 126.924 trabajadores porteños sindicalizados representaban el 41,9% de todos los obreros porteños registrados por la estadística industrial de 1941 (sin duda, el más alto porcentaje de trabajadores organizados del país). En el caso de sumar obreros y empleados de la ciudad-capital, el peso relativo bajaba al 37%, participación que no deja de ser interesante para un distrito urbano que vivió una rápida industrialización (RA, Ministerio de Hacienda, Dirección General de Estadística y Censos de la Nación, 1944, p. 169).

<sup>10</sup> El legendario dirigente comunista Victorio Codovila salió de la clandestinidad y se incorporó a la delegación invitada

juzgado negativamente por los militares, como otra antesala del tan provocativo Frente Popular. Los radicales intentaban reforzar el armado de una gran coalición electoral, que entonces incluían a los socialistas y los demócratas progresistas, con el fin de ganar la elección presidencial anunciada para 1944. En abril, el Ministerio del Interior organizó la primera paritaria para alcanzar una actualización general de los salarios industriales, ante el alza de los precios, que la integraban Figuerola y Bunge. El DNT publicó un informe en el que alertaba sobre el deterioro de los ingresos obreros. «A pesar del auge industrial», las descomunales ganancias de las sociedades comerciales no se traducían en mejor nivel de vida popular (Fayt, 1967, p. 95). El clima enrarecido alcanzó a la celebración del 1° de mayo de ese mismo año. El general José Epifanio Sosa Molina rememoró haber visto, junto con otros oficiales militares, en la plaza Miserere «una enorme multitud, con banderas rojas al frente, con puños en alto y cantando La Internacional» (Fayt, 1967, p. 92). En la versión de Sosa Molina, ese desafío simbólico obró entre sus compañeros de armas como señal del oscuro futuro del país. Recordaba que había evaluado adoptar medidas para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores. La retórica católica tuitiva, de amparo y protección del campo popular, estaba cómodamente instalada en el imaginario de la corporación militar, con la obsesiva evocación de aquella jornada de mayo en los documentos internos del gobierno de junio de 1943. Lo cierto es que, la tan aguzada sensibilidad socio-laboral del nacionalismo castrense había incluido una «imaginaria exhibición de banderas rojas» (Halperín Donghi, 1993, p. 33).

En el agitado otoño de 1943 José Francisco Figuerola y Alejandro Bunge realizaron una encuesta en el AMBA y un censo nacional, respectivamente. Nos dejaron un elaborado mapa demográfico y laboral, en el que no agotaron las preguntas sobre la condición manufacturera. Ambas indagaciones oficiales compensan la relativa calidad de los datos recopilados por la estadística industrial de ese mismo año, en manos de los militares nacionalistas<sup>11</sup>. La gran encuesta del DNT es un ambicioso trabajo de campo abierto al medio social, tal como propone Peter Evans (1996, pp. 529–562). Aclaremos, no hay rastros de conformar un muestreo aleatorio. El equipo de Figuerola entrevistó a lo largo de un trimestre a 10.000 familias, con hijos y sin hijos, de trabajadores no calificados, semicalificados, industriales y empleados. La segunda indagación estaba contenida en el cuarto censo escolar nacional, que incluyó un cuestionario a completar por los padres que declaraban hijos de 0 a 21 años cumplidos. El cuestionario alcanzó a 1.837.750 padres (se registraron 2.026.789 madres), que declararon 5.808.070 hijos de 0 a 21 años cumplidos.

En particular, ¿qué fotografía ofrece la estadística del DNT sobre las familias de trabajadores y empleados entrevistadas de la ciudad y el sur del GBA? El 79,2% de las familias trabajadoras declaraban entre 1 y 3 hijos; el 10,8% no tenía hijos. La agencia laboral se enfocó en padres con franjas de ingresos, entre \$100 y \$250, que formarían parte plena de la base de la pirámide socioprofesional; más la inclusión de algunos estratos inferiores de administrativos de clase media. En las respuestas procesadas de los cuestionarios devueltos por los trabajadores y empleados sindicalizados, gravitaron alimentos, bebidas y tabaco, el 33,6%, y rubro textil, el 21,9%; detrás se ubicaron metalúrgicos, 14%, y químicos, 10,3% (RA, DES, 1946, p. 21)<sup>12</sup>.

De la encuesta laboral surge la aclaración de que la esposa «coopera activamente en el acrecentamiento del haber familiar (...), a fin de obtener una remuneración que permita compensar la insuficiencia del salario del marido» (RA, DES, 1946, p. 26). La encuesta laboral sugiere al pasar, y declara con pena una *condena capitalista*. El jefe de la estadística sociolaboral tenía tiempo en sus informes de citar a Karl Marx y los problemas ocasionados por la maquinaria y la gran industria:

---

a consultas en la sede porteña de la UCR, junto a Rodolfo Ghioldi, Jerónimo Cordero Álvarez, Florindo Moretti y Juan José Real. La policía rodeó la manzana de las calles Tucumán, Rodríguez Peña, Lavalle y Montevideo, ingresó a la sede radical y lo detuvo (<https://diccionario.cedinci.org/codovilla-victorio/>).

<sup>11</sup> Ambos sondeos son *paquetes* de información únicos, realizados bajo un acuerdo técnico (Organización Internacional del Trabajo, uno, 16.º Censo de los Estados Unidos, el otro); mientras, adaptaban un conjunto de ideas de cohesión e integración católicas, bajo aval del ciclo conservador raigal de la Concordancia.

<sup>12</sup> En términos de representatividad laboral, el resto de los cuestionarios devueltos completos sigue un pelotón variopinto: agua y energía, 9,8%, gráficos, 3,7%, empleados públicos, 2,1%, comunicación, 2%, empleados de oficina, bancos y seguros, 1,3%, carpintería y madera, 1,3% (RA, DES, 1946, p. 21).

La máquina permite prescindir de la fuerza muscular y por ello se transformó pronto en medio para aumentar la masa asalariada, sometiendo a todos los miembros, sin distinción de sexo y edad, a las órdenes directas del capital. La obligación de trabajar para el capitalismo invade no sólo el ocio de los juegos infantiles, sino también el trabajo libre en el seno del hogar, que antes se dedicaba, dentro de los límites morales, a la misma familia. (RA, DES, 1946, p. 27).

El informe final es un híbrido, entre los arraigados juicios de valor católicos y el préstamo de tópicos marxianos, con un ilustrado tono de militante proletario. Pero debemos advertir que, debajo del calibrado *miserabilismo* (Grignon y Passeron, 1992, pp. 9–13), surgen otros ingresos subestimados por el lente de observación oficial sobre las clases populares. En momentos de una vertiginosa industrialización, se estaría poniendo en evidencialos cimientos de una familia trabajadora extensa. Estamos lejos del prototipo secularizado de la familia-tipo, que en la década de 1960 codificará la sociología de la modernización (métrica en la que por décadas se verán identificados amplios sectores urbanos y suburbanos).

En el otoño de 1943, el DNT encuestó a los padres, mientras, las madres trabajadoras quedaron en un segundo plano. En un tercer escalón, estaría invisibilizado otros integrantes de la unidad doméstica urbana y suburbana, los abuelos/as, tíos/as o compadres/comadres. Todos ellos se encargaron activamente de la crianza y, junto con la escuela pública, construyeron la subjetividad de los niños de ambos sexos. El mapa social de la ciudad de Buenos Aires y alrededores revelaría la existencia de familias extensas que se alojaban en viviendas, cuya precariedad, en realidad, se distribuían de manera desigual. En otoño de 1943, la mayoría de esas construcciones se concentraban en el sur y el este porteño (Torres, 1978, p. 171)<sup>13</sup>.

Las cifras del cuarto censo escolar, precisamente levantadas en ese mismo otoño de 1943, pueden ser entrecruzadas con la trayectoria que señala las estadísticas industriales de 1937, 1939 y 1941. Observamos un reordenamiento y concentración espacial de fábricas y talleres. La primera relocalización fueron las grandes firmas, originalmente asentadas en barrios porteños, que se trasladaron al municipio de Avellaneda (Schvarzer, 2000, p. 210). Recordemos que esta relocalización estaba liderada por sociedades anónimas que arribaban a un distrito suburbano gracias al atractivo de exenciones impositivas; además de contar con un nudo ferroviario que conectaba a otras localidades, con talleres proveedores de servicios y fabricantes de herramientas (Russo, 2023, p. 17; Lomban, 1990, pp. 149–184). Entre 1937 y 1941, Barracas al Sud pasó de 785 plantas a contar con 915, con un bajo promedio de empleados, de 4 a 4,9, una creciente cantidad de obreros, de 38,7 a 47,5, un promedio constante de 0,25 familiares del propietario. En esos mismos años, la producción a valor de salida de fábrica pasó de US\$125.875.000 a US\$138.305.000<sup>14</sup>. El censo escolar de otoño de 1943 allí relevó a 70.564 familias, de las cuales el 68,6% vivían juntas, pero no estaban mayoritariamente hacinadas en conventillos. El 49,5% de los padres y madres eran extranjeros; el 43,5% de los padres declaraba una ocupación en la rama industrial y el 39,1% estaba ligado a actividades comerciales (luego, seguían la administración pública, 9,7%, y los profesionales, 2,1%). El 80,3% de los niños de 6 a 13 años iban a la escuela primaria, mientras que el 52,4% de los adolescentes entre 14 y 21 años declaraban haber terminado la primaria. En números absolutos, 3164 estudiantes cursaban la enseñanza secundaria y otros 312 asistían a la universidad.

<sup>13</sup> Otra cuestión es la subsistencia alimentaria que surge del presupuesto-promedio de obreros no calificado de la ciudad de Buenos Aires (hay vagas referencia sobre los residentes del sur del Riachuelo). De los 88 artículos, el 70% eran alimentos, con una respetable variedad nutrientes y proteínas animales y vegetales, además de bebidas; al menos registran el desayuno, el almuerzo y la cena familiar (RA, DES, 1946, p. 37). Deducimos que, cuatro integrantes de una familia no era una unidad doméstica estándar alojada en las viviendas encuestadas. El consumo de leche suelta registraba 58 litros en un mes, en realidad, lo dividimos por cinco bocas. Incluso, quedarían superadas las estimaciones de consumo anual más difundidas, 135,3 litros, unos años previos, en 1940, y también el consumo de manteca de 1,95 kilos, en 1939, pero no el consumo de quesos, 3,75 kilos, en 1939 (Rocchi, 2020, p. 245). Los 26 artículos restantes señalan la inversión en higiene y tocador, útiles escolares, libros, revistas y diarios, entradas al cine, cuota sindical, compostura de calzados, crédito para compra de ropa, pago de mutuales médicas y farmacia, transporte, peluquería, alquiler de la vivienda y el abono de electricidad (RA, DES, 1946, pp. 37 y 64).

<sup>14</sup> Cotización del dólar del Banco Nación Argentina (BNA), de diciembre de 1937, 1939 y 1941.

La segunda relocalización de manufacturas sucedió en la 15.<sup>a</sup> circunscripción de la ciudad de Buenos Aires, San Bernardo<sup>15</sup>. Entre 1937 y 1941, allí se concentraron talleres y pequeñas industrias, que pasaron de 2.115 establecimientos a 2.660, el mayor agrupamiento de todas las circunscripciones porteñas. El bajo promedio de empleados, que osciló entre 0,9 a 1,26, y también de obreros, de 12 a 13,7, se contraponen a la media de los familiares, levemente superiores, de 0,41 a 0,37. Esta proporción explicaría que estamos frente a una circunscripción dominada por industrias familiares, que produjeron a valor de salida de fábrica US\$ 46.408.000, en 1937, y US\$ 49.043.000, en 1941<sup>16</sup>. En otoño de 1943 se censaron 39.597 familias en los consejos escolares 13.<sup>a</sup> y 14.<sup>a</sup>, que se superponían de manera aproximada a la 15.<sup>a</sup> circunscripción electoral porteña. El 58% de esas familias vivían juntas, pero no en conventillos. El 42% de los padres y madres eran extranjeros; el 43,4% de los padres declaraba una ocupación comercial y el 34,2% una actividad manufacturera (el 13,5% revistaba en la administración pública y 4% eran profesionales). El 90,5% de los niños de 6 a 13 años iban a la escuela primaria, mientras que el 69,9% de los adolescentes entre 14 y 21 años habían terminado la primaria. En números absolutos, 3.803 estudiantes cursaban el secundario y otros 529 asistían a la universidad.

Si comparamos Avellaneda y San Bernardo del cuestionario censal, sobre la declaración de la actividad de los padres con hijos de 0 a 21 años cumplidos, surge una mayor *identidad industrial* en la localidad bonaerense y una mayor *afinidad comercial* en la división político-administrativa porteña. ¿En San Bernardo convivían talleres familiares y depósitos? El cuarto censo escolar incluyó otros municipios y localidades del país que permiten ampliar el foco de indagación sobre las actividades declaradas. Con la suma de San Martín, La Plata, Córdoba capital y Rosario, emerge el comercio como actividad casi dominante, mientras que solo en el AMBA la industria superó el 30%. Es sorprendente la participación de los padres en la administración pública platense (en menor medida, Córdoba ciudad). Avellaneda y San Bernardo coincidieron en la menor proporción de «desconocidos», «desocupados» y «capacidades especiales».

**Tabla 2. Participación en actividades de padres (con hijos de 0–21 años), en grandes aglomerados, otoño de 1943**

Distrito/ Localidad	Número de padres	Agro %	Comercio %	Industria %	Admin. pública %	Profesiones liberales %	Desconocidos, desocupados, capacidades especiales %
Avellaneda	61.601	1	39,1	43,5	9,7	2,1	4,6
13–14.º consejos escolares/15. San Bernardo	34.764	0,5	43,4	34,2	13,5	4	4,4
San Martín	30.779	0,5	41,9	30,5	12,1	2,6	12,4
La Plata	32.557	5,3	30,6	21	27,4	4,6	11,1
Córdoba capital	40.012	6,5	36,5	19,8	19	5,5	12,6
Rosario	70.592	8,2	42,9	20	11,8	4	13,1

Fuente: RA (1948–1949), *IV Censo Escolar de la Nación*, t. I– III, Buenos Aires, Consejo Nacional de Educación.

¿Cómo medir de forma genuina el crecimiento de la manufactura?

Sin duda, la estimación del Producto Bruto Interno (PBI), realizada por Comisión Económica Para América Latina (Cepal), señala el año 1945 como el momento en que la participación de la industria superó al agro

<sup>15</sup> San Bernardo era una circunscripción electoral ubicada en el noroeste de la ciudad de Buenos Aires. Estaba delimitada la calle Pampa (hoy La Pampa), entre las avenidas Forest y Constituyentes. Por esta última se extendía por la avenida Tres Cruces (hoy Beiró), hasta la avenida San Martín, continuaba por esta para luego tomar la calle Donato Álvarez y llegar a la avenida Gaona y extenderse a la avenida Chubut (hoy Ángel Gallardo). La otra delimitación era por avenida Forest y continuaba por avenida Corrientes hasta Chubut. Los barrios más emblemáticos allí son Parque Chas, Agronomía, parte de Villa Pueyrredón, Villa Ortúzar, Chacarita, Caballito norte y una parte de Villa Crespo.

<sup>16</sup> Cotización del dólar BNA, de diciembre de 1937, 1939 y 1941.

(Gerchunoff y Antúnez, 2000, pp. 128–129). Inicialmente, Raúl Prebisch (1945, II, p. 310) dudó. Advirtió sobre comparar las cifras del volumen físico de la producción industrial con las de la actividad agropecuaria, pues observaba distorsiones. Contraponía los precios manufactureros en alza y los precios primarios bajo regulación oficial. Entonces, los medios especializados advirtieron sobre una «super-capitalización» en la composición de las sociedades anónimas («La inflación y la super-capitalización», 11 octubre 1945, pp. 1–2). El BCRA sumó otra observación. Distinguió que los valores de los bienes listos en la salida de fábrica y los comercializados en la ciudad de Buenos Aires y sur del GBA «no guardan relación» (BCRA, Departamento de Investigaciones Económicas [DIE], febrero 1945, p. 1)<sup>17</sup>.

La pregunta inevitable es, si en una economía de crecimiento acelerado es posible medir, tener una estimación o armar un cálculo, según seleccionemos un conjunto de variables<sup>18</sup>. Además, debemos considerar ajustar ese conjunto de variables en una ponderación de canastas de valores<sup>19</sup>. Seleccionamos tres indicadores, para los años 1937, 1939, 1941, 1943 y 1945–1946: a) el valor del volumen anual transado de acciones en la Bolsa de Comercio porteña, como un eco de la capitalización manufacturera, liderada por las sociedades anónimas; b) la electricidad comprada por establecimientos de la ciudad de Buenos Aires y los partidos de Avellaneda, Lanús, Quilmes, La Plata y San Martín; c) el adelanto en cuenta corriente (excluyendo crédito agrario) en casa matriz del BNA.

**Tabla 3. Tres indicadores de actividad manufacturera, años 1937, 1939, 1941, 1943 y 1945, ciudad de Buenos Aires, Avellaneda, Lanús, Quilmes, La Plata y San Martín, en pesos corrientes**

	1937	1939	1941	1943	1945
<b>Acciones transadas en la Bolsa de Comercio<sup>3</sup></b>	134.203.000	118.673.000	142.755.000	332.847.000	1.221.546.000
	100	88,4	106,3	248	910,2
<b>Electricidad comprada<sup>3</sup></b>	23.936.472	27.000.000	34.966.000 <sup>1</sup>	53.395.000 <sup>1</sup>	80.820.000 <sup>2</sup>
	100	112,8	146	223	337,6
<b>Adelantos en cuenta corriente BNA<sup>3</sup></b>	34.107.000	54.085.000	38.776.000	37.027.000	48.400.000
	100	158,6	103,7	108,6	141,9

**Fuentes:** BCRA, DIE (enero 1946); RA, Ministerio de Hacienda (1940, 1942, 1944), Presidencia de la Nación, Ministerio de Asuntos Técnicos (III, 1952) y BNA (s. f.).

**Notas:**

1 La electricidad comprada en 1941 y 1943 en el GBA es una estimación, 60% del total de la provincia.

2 La electricidad comprada es de 1946.

3 Las cifras del año 1937 —acciones transadas en la Bolsa de Comercio, electricidad comprada y adelantos en cuenta corriente—, equivalen a 100, para seguir los aumentos y disminuciones posteriores (1939, 1941, 1943 y 1945)

El crecimiento exponencial del valor total de las acciones transadas, a partir de 1943, fue estimulado por una coyuntura excepcional, que amplió la base monetaria y desató la inflación de precios al por mayor, a pesar de los valores estables en el tipo de cambio (Prebisch, 1945, II, p. 331). Por un lado, gracias a un canal de inversión especulativa proveniente del flujo de fondos del exterior en su escape de la guerra en Europa (Prebisch, 1945, II, p. 329). Por otro lado, los medios de pago se expandieron por el contrato suscrito con el

<sup>17</sup> En septiembre de 1939, se reglamentó oficialmente una lista de precios que involucraron mayoristas, depósitos de acopio de mercaderías e importadores. Las oscilaciones del nivel general de los precios mayoristas (que median los precios de la plaza porteña) reflejan, sin duda, la volatilidad del mercado de insumos de entonces.

<sup>18</sup> El ejemplo más reciente es la búsqueda de una medición veraz del notable crecimiento económico de la República Popular China, mediante el famoso índice Li Keqiang, propuesto por especialistas de The Economist ([https://en.wikipedia.org/wiki/Li\\_Keqiang\\_index#:~:text=Li%20Keqiang%20index%20or%20Keqiang,indicator%20than%20official%20numbers%20of](https://en.wikipedia.org/wiki/Li_Keqiang_index#:~:text=Li%20Keqiang%20index%20or%20Keqiang,indicator%20than%20official%20numbers%20of)).

<sup>19</sup> Por ejemplo, la canasta que debería ponderar variables, según los economistas de la Reserva Federal de Nueva York (<https://www.reuters.com/article/business/for-a-true-view-of-chinese-economy-look-from-the-sky-n-y-fed-idUSKBN17L1ZX/>).

Ministerio de Alimentos de Gran Bretaña para la compra de 1,5 millones de toneladas de carne envasada (septiembre 1942–septiembre 1944), con destino a los frentes de batalla de las tropas aliadas de Europa. El crecimiento de la electricidad comprada por clientes industriales fue lento, al menos hasta 1941, liderado por dos grandes ramas, alimentos, bebidas y tabaco, y textiles y confecciones (Dorfman, 1942, pp. 192–193). En el salto registrado a partir de 1943 deben sumarse a vehículos, máquinas y herramientas no eléctricas (Jorge, 1971, p. 161; Díaz Alejandro, 1983, p. 221). En cambio, los adelantos en las cuentas corrientes de casa matriz del BNA son un recurso disponible dentro del radio de la *city* porteña, para una amplia gama de clientes (pequeños, medianos, grandes). Reflejan altibajos sugestivos, un salto notable en 1939, que nunca será superado. Mostraría que el sobregiro, o descubierto en cuenta, fue una vía excepcional que no estimuló la especulación, por ejemplo, a raíz de la inflación de precios.

Ahora bien, ¿cómo ponderar estos valores? Aquí sugerimos que el adelanto en cuenta corriente (+ 41,9 %) sugiere un pulso clave; luego, sigue el consumo de electricidad (+ 237,6 %). Sin duda, los valores bursátiles transados (+ 810,2 %) podrían ser deflactados por el índice de precios no agropecuarios y disminuirían significativamente el peso cuantitativo de la capitalización accionaria. La búsqueda de más indicadores fiables recién está en sus comienzos.

#### 4. Conclusiones provisionales

Este trabajo explora la manufactura argentina entre 1936 y 1937 hasta el verano de 1948–1949. Nos concentramos en un núcleo geográfico dinámico, que agrupa poco más de la mitad de las fábricas y talleres del país, compuesto por la ciudad de Buenos Aires y los municipios de Avellaneda, Lanús y Quilmes, que se expande más al sur, a La Plata, y al oeste, a San Martín. Este distrito industrial, que tiene acceso al puerto porteño y dispone de ramales de ferrocarriles, contrasta con las actividades manufactureras desconcentradas en América Latina. Allí quedó delimitado el primer círculo concentrado de riqueza y población (el segundo círculo será la pampa húmeda y el tercero el resto del país). Aún restará tiempo para completar el entramado de talleres y fábricas en el oeste del GBA. Lo cierto es que esa industria convivió con las actividades comerciales y la inversión de obra pública; juntas, impulsaron el irreversible cambio de composición del PBI argentino.

Primero, aquí nos liberamos de las etapas políticas para pensar el cúmulo de incentivos fiscales, cambiarios y contractuales, como las franquicias y reintegros a las importaciones (1937) o la masificación de los convenios colectivos de trabajo (1943). La industrialización acontecida, superó las mejores intenciones políticas neoconservadoras y quedó a merced de una narrativa alternativa, el nacionalismo militar. Allí estaban el coronel Savio y el general Sosa Molina. Y podemos sumar al coronel Juan Domingo Perón, quien evaluaba la relativa calidad de los profesionales nucleados en el Centro Argentino de Ingenieros, quienes sin embargo comulgaban con algunos postulados de la planificación sugerida (Castro, 2021, pp. 237–270).

Segundo, los rubros ligados a química, pinturas, farmacéuticas, higiene, metales ferrosos y no ferrosos, máquinas–herramientas, vidrios y cristales, con sus avances y retrasos, lograron crecer y se consolidaron. Algunas firmas exportaron, una mayoría amplió su participación en el mercado interno y otras recibieron inversiones directas. Lo hicieron previo al impulso que supuso la organización del Banco de Crédito Industrial Argentino, en 1944 (Rougier, 2001).

Tercero, el miserabilismo del catolicismo social, al calor de la trayectoria que tuvo la Guerra Civil Española (1936–1939), proyectó una industrialización dominada por un sindicalismo internacionalista y revolucionario. El cuarto censo escolar muestra que, salvo en el distrito de Avellaneda, las ocupaciones dominantes no eran las manufacturas si no las actividades comerciales, además del incipiente empleo público y un porcentaje menor de profesionales liberales. También que, en el AMBA residía una familia extensa en la que el padre y la madre trabajaban, con la inestimable ayuda de algún familiar o compadre con los niños, escolares o estudiantes. Las familias residentes o recién llegadas en el AMBA, en los trenes o los barcos, se organizaron con ingenio, bajo el estímulo de un distrito industrial altamente monetizado y con una oferta de bienes y servicios inusual en otras partes del país y del mundo.

## Referencias bibliográficas

- Becattini, G. (2002). Del distrito industrial marshalliano a la “teoría del distrito” contemporánea. Una breve reconstrucción crítica. *Investigaciones Regionales*, (1), 9–32.
- Belini, C. (2009). *La industria peronista*. Edhasa.
- Belini, C. (2012). Industrial Exports and Peronist Economic Policies in Post-War Argentina. *Journal of Latin American Studies*, (44), 285–317.
- Belini, C. (2021). La Gran Depresión, las políticas económicas y el crecimiento de la industria argentina durante la década de 1930. En A. Jáuregui y C. Belini, *Desafíos a la innovación. Intervención del Estado e industrialización en la Argentina (1930–2001)* (pp. 21–63). Teseo.
- Beveraggi Allende (1954). *El servicio del capital extranjero y el control de cambios: la experiencia argentina de 1900 a 1943*. Fondo de Cultura Económica.
- Díaz Alejandro, C. F. (1983). *Ensayos sobre la historia económica argentina*. Amorrortu.
- Eppenstein, R. O. (1941). La industria de los ácidos minerales en la República Argentina. *La Ingeniería*, XLV(802), 754–764.
- González Bollo, H. y Vila, Esteban (2024). Más allá de la crisis 1937–1938: bilateralismo + política comercial = Manufacturas. En C. Belini (Ed.), *Las crisis económicas y la industria argentina. De la crisis de 1890 al Rodrigazo*. (105–147). Teseo.
- Grignon, C. y Passeron, J.-C. (1992). *Lo culto y lo popular*. La Piqueta.
- Halperin Donghi, T. (1992). *Historia contemporánea de América Latina*. Alianza.
- Jorge, E. E. (1971). *Industria y concentración económica (desde principios de siglo hasta el peronismo)*. Siglo XXI.
- Katz, J. y Kosacoff, B. (1989). *El proceso de industrialización en la Argentina: evolución, retroceso y prospectiva*. Cepal.
- Llach, J. J. (1984). El Plan Pinedo de 1940, su significado histórico y los orígenes de la economía política del peronismo. *Desarrollo Económico*, 23(92), 515–557.
- Moreno, E. V. (1941). El problema del hierro en la República Argentina. *La Ingeniería*, XLV(802), 658–662.
- Prebisch, R. (1945). *La moneda y los ciclos económicos en la Argentina* (t. 2). Rotaprint.
- Pujals, E. (1941). Hornos Siemens–Martin en la República Argentina. *La Ingeniería*, XLV(802), 792–798.
- RMV. (1941). La industria mecánico–metalúrgica. *La Ingeniería*, XLV(802), 799–808.
- Rougier, M. (2009). Expansión y crisis de una empresa industrial argentina. Historia de la fábrica de vidrios y opalinas Hurlingham, 1948–1994. *Boletín Americanista*, LIX(59), 113–134.
- Salera, V. (1941). *Exchange Control and the Argentine Market*. Columbia University Press.
- Savio, M. N. (1942). *Política de la producción metalúrgica argentina*. Unión Industrial Argentina.
- Schvarzer, J. (1989). *Bunge & Born. Crecimiento y diversificación de un grupo económico*. Cisea–Grupo Editor Latinoamericano.
- Schvarzer, J. (2000). La implantación industrial. En J. L. Romero y L. A. Romero (Eds.), *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos. Tomo 2: Desde la ciudad burguesa hasta la ciudad de masas* (pp. 209–226). Altamira.
- Sourrouille, J. V. (1980). Apuntes sobre la historia reciente de la industria argentina. *Boletín Informativo Techint*, (217), 2–25.
- Suárez Anzorena, A. (1941). La industria de la pintura. *La Ingeniería*, XLV(802), 770–781.

## Fuentes

- Banco Central de la República Argentina, Departamento de Investigaciones Económicas. (1945a). *Informaciones sobre las actividades económicas en nuestro país*, Informe n.º 1. Mimeografiado.
- Banco Central de la República Argentina, Departamento de Investigaciones Económicas. (1945b). *Informaciones sobre las actividades económicas en nuestro país*, Informe n.º 2. Mimeografiado.
- Comisión Interministerial Permanente de Política Económica (1942). *Memoria correspondiente al año 1942*. Mimeografiado.
- Corporación para la Promoción del Intercambio, S. A. (1944). *La industria química argentina. Memoria del Departamento de Hacienda correspondiente al año 1937*. (1938). Tomo I. Pesce y Cía.

- Memoria del Departamento de Hacienda correspondiente al año 1938.* (1939). Tomo I. Pesce y Cía.
- Memoria del Departamento de Hacienda correspondiente al año 1941* (1942). Tomo II. Pesce y Cía.
- Ministerio de Asuntos Técnicos. (1950). *Estadística industrial de 1943*. Dirección General del Servicio Estadístico Nacional.
- Ministerio del Interior, Departamento Nacional del Trabajo. (1941). *Organización sindical. Asociaciones obreras y patronales*. Mimeografiado.
- Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, Dirección General de Estadística y Censos (1988). Estadísticas. Producto Bruto Geográfico de la ciudad de Buenos Aires. *Boletín*, 4, 6-18.
- Naciones Unidas, Consejo Económico y Social (1958). *El desarrollo económico de la Argentina. Anexo: algunas estadísticas especiales y estadísticas macroeconómicas preparadas para el informe*. Comisión Económica para América Latina.
- República Argentina, Dirección de Estadística Social (1946). pp. 37 y 46
- República Argentina, Ministerio de Hacienda. (1938). *Anuario del comercio exterior de la República Argentina correspondiente a 1937*. Peuser.
- República Argentina, Ministerio de Hacienda. (1940a). *Anuario del comercio exterior de la República Argentina correspondiente a 1939*. Peuser.
- República Argentina, Ministerio de Hacienda. (1940b). *Estadística industrial de 1937*. Peuser.
- República Argentina, Ministerio de Hacienda. (1942a). *Anuario del comercio exterior de la República Argentina correspondiente a 1941*. Peuser.
- República Argentina, Ministerio de Hacienda. (1942b). *Estadística industrial de 1939*. Peuser.
- República Argentina, Ministerio del Interior. (1944). *Anuario del comercio exterior de la República Argentina correspondiente a 1943*. Peuser.
- Savio, M. N. (1942). *La política de la producción metalúrgica argentina*. Unión Industrial Argentina-Plantíe.